

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Año 19 - Nº 291 - 01 de agosto de 2025

Tabor y Getsemaní

Creo que también en nuestra propia experiencia, las horas de Tabor están muy cerca de las horas de Calvario. La gloria y el sufrimiento son, por lo general, inseparables en nuestras vidas.

Esa misma experiencia marcó también la vida de los apóstoles. Pedro, Santiago y Juan están con Él en su transfiguración. Y son los mismos tres apóstoles que, poco después, acompañaron a Jesús en el huerto de Getsemaní.

En el Tabor, frente a la figura de Cristo llena de luz, se quedan deslumbrados y radiantes de gozo. En Getsemaní, ante la figura de Cristo empapada en sangre, en su oración angustiada, quedan trastornados por el miedo, por el escándalo y por el sueño.

Y es el mismo Pedro el que en el Tabor exclama: “Qué bien estamos aquí. Hagamos tres chozas”. Y el que poco después protestara: “Te lo juro. No conozco a ese hombre”.

El rostro de Cristo transfigurado los entusiasma, los satisface, porque entra dentro de sus perspectivas, sus sueños y sus aspiraciones. Pero el rostro de Cristo humillado, sufriendo, coronado de espinas, les asusta, les llena de miedo, los escandaliza. No lo reconocen. No entra dentro de sus esperanzas.

Cuando uno se encuentra con Cristo y se decide a seguirlo se enfrenta con una aventura llena de riesgos, de imprevistos, de hechos desconcertantes. Jesús no nos garantiza una permanencia prolongada sobre el Tabor. Es verdad, Él puede llevarnos consigo mucho más alto todavía, puede regalarnos momentos de felicidad inmensa.

Pero también puede llamarnos a que vigilemos con Él en interminables noches de angustia, de dudas, de oscuridad.

Cuando parece que todo se va a hundir, que nuestro mundo se viene abajo. Nos sentimos invadidos por el desánimo, por un sentido de inutilidad de nuestra vida y de nuestra actividad. Sin embargo, es este justamente el punto decisivo de nuestra vida cristiana. Se trata de que no desertemos, de que nos quedemos clavados junto a Cristo, aún cuando su rostro es poco atrayente, incluso cuando nos da la impresión de que Él no está allí.

Hemos de saber decir, tanto en el Tabor como en Getsemaní: “Sí, conozco a ese hombre”. Hemos de reconocer su presencia aun cuando sea una presencia incomoda, comprometedora.

Las horas de Tabor no sólo contrastan con las horas de Getsemaní. Sino que se elevan también muy por encima de la vida cotidiana, tal como el monte Tabor se eleva por encima de la llanura. Y sabemos que los momentos de Tabor no perduran, no son eternos, se acaban muy pronto.

También Jesús y sus apóstoles tuvieron que bajar del monte. Y allí abajo se encontraron inmediatamente sumergidos en la vida de cada día: miserias, sufrimientos, mezquindades. El que ha estado en la montaña, cuando vuelve abajo, siente como se le estrecha el corazón y experimenta una sensación de ahogo. Todo le parece tan pequeño, tan vulgar en comparación con las cosas que ha saboreado allá arriba.

Es ese también nuestro drama. De la contemplación hay que bajar a la vida cotidiana. Cuando se ha estado con el Señor, sobre el Tabor, se hace difícil soportar de nuevo el mundo y a los hombres con sus pequeñeces, sus tensiones, sus superficialidades.

Queridos hermanos, Jesús nos ha asegurado que una fe tan pequeña como un grano de mostaza es capaz de mover las montañas. Y es así como el Tabor, gracias a nosotros, puede avanzar un poco en la llanura. Es así como Jesús va transformando, poco a poco, nuestro mundo.